"Del monte y los caminos"

Manuel Cerezales

Desde las primeras estrofas se nos ofrece la poesía de Antonio Pereira claramente diferenciada por un acento personal, un sello inconfundible. Se aparta el poeta de los lugares comunes que despersonalizan una buena parte de la lírica moderna. Como tantos otros poetas jóvenes con espíritu crítico quiere distinguirse de sus congéneres y sabe que el camino para conseguirlo es el de la claridad y sencillez, el de la fidelidad a convicciones y vivencias que se han ido elaborando en el proceso existencial y en una estética de poesía acendrada, despojada de cuanto no le sea sustancial, aun a costa de que la deliberada simplificación en el contenido y en los procedimientos de la impresión de cierta pobreza expresiva y de timidez en la elección de motivos. Antonio Pereira está en esta línea de sinceridad, un poco aislado de manifestaciones e influencias de grupo, pero dentro del movimiento lírico, amplio, diverso, sin cristalizar en tendencias definidas ni en escuelas concretas de este momento. Un poeta que quiere estar de acuerdo consigo y con su tiempo.

Aunque dividido en varias partes, "Del monte y los caminos" es por la unidad temática, por su "argumento", por su entonación, un largo canto al vivir oscuro de un grupo humano olvidado. El poeta vuelve la mirada hacia su infancia, hacia la gente de su sangre, hacia su tierra y, lo que constituye el núcleo central de su orbe poético hacia la gente de su tierra. Abre el libro con una primera parte de poemas evocadores, a título de breve y vibrante introducción. En estas composiciones preliminares recuerda su infancia, su familia, el ambiente social, y aparecen en los campesinos que descienden por senderos tortuosos de los casi inaccesibles caseríos de las altas montañas que rodean el valle del Bierzo, patria del poeta. Estos campesinos su existencia sufrida, son los protagonistas del poema.

Los motivos en que se inspiran las composiciones de Pereira son reales, cotidianos, humildes, desprovistos, en apariencia, de sentido poético. El primer motivo, primero quizá porque así se presenta en el orden de los recuerdos como punto de arranque, como imagen o como voz que estimula la memoria y la imaginación, es una ferretería, tema, como el propio poeta reconoce, de "no fácil belleza". Pero sí de una belleza recóndita, que es necesario sacar del fondo de la memoria a la luz de un nuevo día:

Hermosa a su manera

y de cantar posible

si la mira el amor

es la ferretería.

La estética del poeta leonés queda definida en esta estrofa. La mirada del amor tiene poder de transmutación, posee la facultad de arrancar una escondida vibración poética a los objetos más simples y vulgares. Sin prosaísmos. El quid está en la visión, en el arte de descubrir en las cosas el rasgo expresivo-imagen, sonido, color, disposición plástica... que los dote de poder de evocación despertando resonancias en el alma del poeta, y alcance por este camino la sensibilidad del lector. ¿Cuál puede ser el legado lírico de una ferretería? Queda para el recuerdo el sonido de los metales: los clavos cayendo en los platillos de la balanza, el entrechocar de los panzudos calderos, la vibración de las chapas, el timbre de las guadañas golpeadas por el comprador... Este sonido, que el tiempo transforma en canto secreto de no se sabe qué melodías, excita la memoria, y a su conjuro, empiezan a desvanecerse sombras y a perfilarse personas y cosas, más que personas y cosas concretas, la proyección de sus imágenes sobre el plano de la imaginación cread ora. Tras la rápida obertura, el poeta se olvida de sí mismo para entonar su canto de solidaridad humana.

En la poesía de Pereira alienta un mensaje social profundo. Más que queja y protesta airada hay en su descripción del dolor y de la soledad de los habitantes de la montaña, una declaración de fraternidad cristiana, al mismo tiempo que la denuncia de un escándalo de nuestra civilización. Los montes están cruzados por caminos duros y pedregosos por los que rara vez discurre la vitalidad alegre de la naturaleza fecunda: los carros cargados de haces de heno o de espigas de trigo, o las muchachas jocundas en las breves y luminosas jornadas de la vendimia. Estas estampas pasan como sueños fugaces en la mortal soledad de las cumbres. Reina allí el desamparo y el aislamiento de las aldeas dispersas y separadas por las nieves de los interminables y silenciosos inviernos:

Acontece que a veces ni una aldea

con unidad de vida se declara

en leguas de silencio a la redonda.

El monte hace las vidas separadas.

En soledad enciende una familia

cada día su lumbre, que levanta

una señal perdida en el paisaje

hacia el azul dominio de las águilas.

La vida se ha quedado petrificada, como si el tiempo no hubiera pasado en siglos. La poesía de Pereira refleja la adustez antes que la belleza de un paisaje visto más como valor estático, como ámbito del vivir humano. El poeta no se detiene en la pintura y detalle de las cosas ni en la semblanza de los seres. El canto oscila entre lo descriptivo y lo narrativo, pero todo ello quintaesenciado, reducido a pura decantación lírica. La estructura de verso y estrofa, depurada y rítmica en un lenguaje esencial, no hace más que ordenar formas sometidas anteriormente a una rigurosa elaboración mental. Sólo uno de los poemas, "La serranilla" y tal cual estrofa de otros, desentonan a mi juicio del conjunto. "La serranilla" es un remedio de las muestras clásicas del género, sin la fragancia y la malicia, claro está, de los originales, y aparece aquí como una ruptura de tono y de unidad interna en este magnífico poema cuya lectura nos deja la impresión de una serena y melancólica meditación con un grave acompañamiento musical al fondo.